

HÉCTOR MENDOZA

Cuando se comenzó a construir Ciudad Universitaria yo estaba en la Facultad de Filosofía y Letras, en el edificio de Mascarones. Cursaba la carrera de letras españolas, pero en realidad ya estaba más metido en el teatro. Recuerdo que algunos maestros decían, en tono de broma, que con el traslado a Ciudad Universitaria la Facultad de Filosofía y Letras sufriría una especie de raptó de las Sabinas: mientras estábamos en Mascarones, nos manteníamos alejados de las demás escuelas del centro y, por lo tanto, la competencia para seducir a las guapas muchachas que se inscribían en Filosofía era menor. La verdad es que yo recuerdo que teníamos muy poco contacto con otras escuelas. Teníamos una vida muy académica. No éramos muchos y eso facilitaba la discusión. Había cierto ambiente bohemio, un poco frívolo, pero sin duda interesante. Eso se perdió con el traslado a las nuevas instalaciones. Comenzó entonces cierto proceso de despersonalización de la vida cotidiana provocado, en parte, por las dimensiones del edificio y, sobre todo, por el constante crecimiento de la población estudiantil.

En Mascarones había un pequeño teatro, al fondo del segundo patio. Muy rudimentario, pero sirvió a varios jóvenes apasionados del teatro para montar sus primeras obras. No existía entonces la carrera de literatura dramática y teatro. Dentro de la carrera de letras hispánicas se daban tres materias optativas: actuación con Enrique Ruelas, dirección escénica con Fernando Wagner y composición dramática con Rodolfo Usigli. Tres grandes maestros, decisivos para el desarrollo del teatro universitario. La universidad no tenía teatros propios. En Difusión Cultural de la UNAM, dirigida entonces por Jaime García Terrés, Carlos Solórzano y yo éramos los encargados de organizar las temporadas de teatro universitario. Y lo que hacíamos era rentar teatros, algunos de ellos en condiciones verdaderamente lamentables. Curiosamente, en Ciudad Universitaria no se contempló la construcción de un buen teatro, como tampoco se crearon salas de cine o de conciertos. El único espacio que permitía montajes era el auditorio o teatro Carlos Lazo, pero estaba en la Facultad de Arquitectura, no en Filosofía.

